

PENÍNSULA ODISEAS

Los blancos estáis locos

Luis Melgar

Un diplomático español
en Guinea Ecuatorial



Índice

- PORTADA
NOTA INTRODUCTORIA
PRÓLOGO. ÚLTIMAS HORAS EN MALABO
1. MUDANZAS, VACUNAS, RESERVAS DE DOMINIO Y OTROS PREPARATIVOS
 2. YOLANDA
 3. JIRAFAS Y LEONES
 4. EL PASO DE LAS TARÁNTULAS
 5. BOAS Y DESGRACIAS
 6. LA MONJA Y LA HORMIGONERA
 7. LA RUTA DE LOS SUPERMERCADOS Y EL ASALTO A LA IGLESIA ABANDONADA
 8. EL HOMBRE BLANCO SÍ QUE SABE VIVIR
 9. CÓMO COLGAR CUADROS EN UN REFUGIO NUCLEAR
 10. A LA SEÑORA NI LE GUSTA NI LE INTERESA
 11. QUEREMOS UNA VERDADERA BELLEZA BANTÚ
 12. LA SOMBRERERA LOCA
 13. EL CONSEJO DE ANCIANOS DE SAMPAKA
 14. NO COMERÁS ARROZ TODOS LOS DÍAS DE TU VIDA
 15. YOLANDA YA NO ES MUJER
 16. LA BRIGADA DE PELUQUERAS CONTRA INCENDIOS
 17. MARAVILLAS EN REBOLA
 18. LA REVUELTA DE LOS HIPHOPEROS
 19. EL MINUTO DE DIOS Y LAS UVAS EN NOCHEBUENA
 20. LA INTELIGENCIA DE CHURCHILL Y LA PLAYA DE LOS ZOMBIS
 21. EL HECHICERO VOLADOR, TRASLADO DE RESTOS CADAVÉRICOS Y LA CALAVERA FANG
 22. LA VIUDA BUBI

23. LA MINISTRA DIOR Y LOS TACONES DEL PRESIDENTE

24. LA FERIA DEL LIBRO Y EL CUMPLEAÑOS DE MAMÁ ESCOLÁSTICA

25. LA MISA DEL MES

26. EL DINERO A LA MANO DE ZACARÍAS Y EL ATAQUE DEL HOMBRE DESNUDO

27. DIECISÉIS HORAS CON EL PRESIDENTE

28. LA NUEVA CASA DE YOLANDA

29. LA TERCERA CATARATA DE UREKA

30. LA TÍA TUTANKAMÓN Y MI PRIMA PACIENCIA

31. EL BAR DE YOLANDA Y EL HECHICERO CATALÁN

32. ARRÊT PIPI Y ERASMUS EN EBEBIYÍN

33. BANDOLERÍA

34. LA MADRE BISILA DE REBOLA

35. DADÍN BOMBÓN Y LA CÁRCEL ISRAELÍ

36. DESASTRE EN EL COLEGIO VIRGEN MARÍA DE ÁFRICA

37. LA PARADOJA DE LA ABUNDANCIA

38. YOLANDA Y SUS HERMANAS

39. OYALA, LA VISIÓN DE UN HOMBRE

40. LA LLAVE DEL PICO BASILÉ

41. EL AMERICANO DE LA LENGUA VERDE Y EL EDIFICIO DE LA ACADEMIA

42. INCENDIO EN REBOLA

43. POBRE HIJA DE DIOS

44. EL CASO DE LAS MONJAS FARRULLERAS

45. EL NOVIO BUBUTO DE YOLANDA

46. CÓMO ORGANIZAR UN ASESINATO

47. TO BE OR NOT TO BE, THAT IS THE QUESTION

48. LA LEJÍA CURA TODOS LOS MALES

49. CANNES, SAN SEBASTIÁN, VENECIA Y AHORA MALABO

50. UN ACTIVISTA, DOS TERESIANAS Y UNA ESTRELLA RADIOFÓNICA

51. MEJOR CASADA QUE BRUJA

52. CERVANTES, LA MISIÓN DE EDITORES Y LOS ÚLTIMOS DE FILIPINAS

53. SEVILLA SIGUE TENIENDO SU DUENDE, Y COGO TAMBIÉN

54. LA PROFECÍA DEL NIÑO LUIS PABLO

55. LA EXPLOSIÓN DE COLOR

EPÍLOGO. UNA MUJER FELIZ

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

NOTA INTRODUCTORIA

Querido lector:

Las páginas que estás a punto de leer contienen un relato fiel, aunque necesariamente subjetivo, de mis vivencias durante los tres años que pasé en Guinea Ecuatorial, entre el 20 de julio de 2013 y el día 11 del mismo mes del año 2016.

Durante todo el primer año, tomé abundantes notas que enviaba a amigos y familiares por correo electrónico, bajo el título genérico de *Perlas de África*. Fue una de mis amigas, Susana la bibliotecaria, la que me dijo en una ocasión que me había convertido en un buscador de Perlas, así, con mayúscula, porque llegó un momento de mi vida guineana en que intentaba vivir momentos especiales, anécdotas o hechos sorprendentes con el único objetivo de traducirlos al lenguaje literario y dejarlos plasmados en negro sobre blanco. ¿Dónde acaba el diplomático y empieza el escritor? No lo sé, pero reconozco que algunas aventuras las viví solo para poder escribirlas.

Cuando quedé con mi editora en el café La Central y firmé con ella el contrato para convertir las Perlas en libro, dejé de enviárselas a mi lista de contactos. Pensé que era buena idea reservarlas para la edición impresa. La consecuencia inmediata fue que dejé de tomar notas. No obstante, tengo que decir que la memoria no suele fallarme. Truman Capote solía asegurar que memorizaba el 90 por ciento de todo lo que escuchaba, y el 10 por ciento restante... ¡a quién le importa! No soy Truman Capote, pero como an-

tiguo estudiante de oposiciones, tengo la memoria bien entrenada. Lo que vas a leer aquí es, en un 90 por ciento, exacto y concordante con la realidad.

Sí me he permitido algunas licencias, podría decirse que literarias. He echado la cuenta y visité cierto lugar emblemático conocido como la playa de Ureka en un total de treinta y siete ocasiones, la mayoría de las cuales transcurrieron sin pena ni gloria, como una excursión dominguera más. No voy a aburrirte repitiendo treinta y siete veces el relato de este particular trayecto, sino que he preferido aglutinar todas las anécdotas que me fueron ocurriendo en dos o tres pasajes. Espero que sepas perdonarme.

Los tiempos tampoco están manejados con precisión matemática. En la era de Facebook y de la fotografía digital, me sería fácil reconstruir qué sucesos tuvieron lugar el día 2 y cuáles el 3 de enero de ese primer año nuevo que pasé en Guinea, incluso sin forzar en exceso mi memoria de opositor. Pero las novelas tienen sus ritmos propios, y aunque esto no sea del todo una novela, he decidido guiarme por sus normas. Hay series de hechos cuyo orden he alterado con intención meramente dramática.

Solo algo más. Las normas de la narración me prohibirían introducir una sucesión eterna de personajes que vienen y van sin terminar de afectar al rumbo de la historia. Bueno, pues esta norma no he podido obedecerla. Una de las cosas que quiero transmitirte con este libro es el eterno ir y venir de personas que significa la vida del diplomático, un trasiego agotador pero que al mismo tiempo te enriquece y te hace sentirte vivo. Lo lamento mucho pero, como podrás ver, la mayoría de los personajes que irás conociendo en estas páginas solo aparecen en un capítulo, dos a lo sumo. Esto es un retrato fiel de mi vida, y he aprendido a aceptarla como viene. Si alguien ha quedado fuera, no ha sido mi intención: será mi editora que se ha cansado y ha decidido cortarlo.

Espero que disfrutes al leerlo tanto como lo hice yo al vivirlo.

PRÓLOGO

ÚLTIMAS HORAS EN MALABO

Domingo, 11 de julio de 2016. Es nuestro último día en Malabo, la capital de Guinea Ecuatorial, situada en la isla de Bioko. Antiguamente se llamaba Santa Isabel, Clarence en tiempos de los ingleses, la ciudad principal de Fernando Poo, una de las últimas colonias españolas en independizarse.

El repiqueteo insistente del timbre logra al fin despertarme. Son las seis y media de la mañana, ¿a quién se le ocurre molestar a semejante hora? Anoche tuvimos nuestra despedida final con fiesta y copas incluidas, y una cierta nube etílica aún empaña mi mente.

Enseguida recuerdo: los de la mudanza.

Algo atontado, me levanto en busca de mis pantalones de *popó*, que en esta ocasión son azules y están estampados con pequeños elefantes. *Churchill* abre un poco el ojo derecho, yergue las orejas, se pone a cuatro patas sobre la cama y empieza a ladrar. Yo lo cojo en brazos antes de que despierte a Pablo, pero no hay de qué preocuparse: mi marido duerme siempre con tapones para los oídos, único remedio contra el coro de ruidos selváticos de Malabo.

Salgo de puntillas de la habitación y dejo en el suelo a *Churchill*, que me sigue escaleras abajo. Los operarios de la mudanza, comandados por un joven francés con un aire a Tintín, pero sin tupé, ya están dentro y se dedican a cargar bulto tras bulto como un ejército de hormigas. La casa ya la

desmontaron días atrás. Todas nuestras posesiones materiales están recogidas, ordenadas, guardadas en cajas de cartón y numeradas del 1 al 352.

Yolanda les ha abierto. Ataviada con su uniforme a rayas que le queda varias tallas grande y descalza como es su santa costumbre, corre de la cocina al salón mientras les da órdenes a los muchachos, algunas en español y otras en bubi, pero la mayoría en *pichi*, esa versión simplificada del inglés que se utiliza en algunos lugares de África.

—*Yu cam jir!* ¡Coge esa caja! *Querful!* ¿No ves que pone que es muy frágil? ¡Chico! ¡Date prisa! ¿No ves que hasta que no termines no puedo empezar a limpiar?

Aún estoy medio dormido, así que me limito a hacer un gesto con la mano y me escabullo con el perro por la puerta lateral, la que da al patio del *compound*. Ya ha amanecido. El sol es un enorme círculo anaranjado que se asoma entre las nubes rojizas, moradas, algunas casi verdosas por algún extraño juego de la luz, o quién sabe, quizá porque yo soy daltónico y veo los colores a mi manera.

Es el momento preciso en que los murciélagos del vecindario se van a dormir tras una intensa noche cazando todo tipo de insectos. Recuerdo la primera vez que los vi y los tomé por algún tipo de pájaro; urracas, cuervos, algo por el estilo. Tardé semanas en darme cuenta de que eran centenares de murciélagos que asaltaban el cielo de Malabo dos veces al día, una al amanecer y otra al atardecer, con una puntualidad por lo demás inexistente en Guinea Ecuatorial.

Mientras yo miraba el cielo, *Churchill* ha aprovechado para escaparse detrás de un lagarto. Como está bien entrenado, dentro del *compound* no utilizamos correa, pero los lagartos son su perdición y en cuanto ve uno ya no atiende a razones. Los hay de todos los colores: azules, verdes, rojos, dorados o todos ellos a la vez. Claro que mi percepción del color es un poco *sui generis*.

Los lagartos tienen la costumbre de ponerse al sol y hacer gimnasia cada mañana, una especie de fondos, arriba y abajo, arriba y abajo. En cuanto *Churchill* los ve, sale corriendo detrás de ellos. ¡Y no hay ninguno que se le resista! Eso sí, los lagartos son listísimos y, en cuanto el perro los caza, se hacen los muertos y aprovechan el más mínimo descuido para salir corriendo y escapar.

—*¡Churchill! ¡Ven!*

Echo a correr detrás del perro. Atravieso el patio del *compound* y llego al jardincito que hay junto a la Embajada. Allí está *Churchill*: su presa ha escapado y él aprovecha para hacer sus necesidades. Bien, puedo volver a casa e intentar dormir otro rato.

Por el camino me cruzo con el policía que está de guardia. Con el pantalón africano y el pelo revuelto no me considero ni mucho menos presentable, así que intento escabullirme sin ser visto. Maniobra absurda porque *Churchill* corre a hacer piruetas a su alrededor. No hay escapatoria. Pronto se nos une el canciller, la secretaria del embajador, el jefe de visados. Antes de darme cuenta, hay un corrillo de personas que hablan todas a la vez. Cosas que tiene vivir en un *compound*: el concepto de privacidad desaparece.

Al fin consigo despedirme y regresar a casa. Entre unas cosas y otras ya son más de las siete, no sé si tiene sentido volver a la cama. Además, oigo más voces que brotan del salón. Ha llegado Moisés, el cocinero de Togo, que como un director de orquesta conduce a los operarios de la mudanza y entre todos interpretan una canción infantil francesa que he escuchado hace poco tiempo en una serie de terror en la televisión.

—*Dominique, nique nique, s'en allait tout simplement...*

Lo recuerdo muy bien. La serie iba sobre un asilo de locos. La directora era una monja sádica que obligaba a los internos a escuchar la canción de *Dominique* sin parar, una

y otra vez.

Me parece que Malabo es, en cierta forma, un manicomio. Sin duda está lleno de personajes maravillosos y entrañables, pero el toque de surrealismo mágico no se lo quita nadie. Los ecuatoguineanos superan a los personajes de *Tres sombreros de copa* de Mihura, y sus aventuras y desventuras van más allá de las que sufrió Max Estrella en *Luces de Bohemia*.

Después de tres años, pienso que me he contagiado de la mayor parte de esa locura, si es que no traía una buena dosis ya de España. Quizá yo también debería ir al asilo de *Dominique*, o convertirme en uno de los personajes de Valle-Inclán. Ojalá sea así. No quiero olvidar nunca el surrealismo guineano.

Con un suspiro, regreso al piso de arriba para despertar a Pablo. Es hora de ponerse a hacer las maletas de nuevo. A saber lo que nos deparará nuestro próximo destino. ¿Estará a la altura del que dejamos atrás?

1

MUDANZAS, VACUNAS, RESERVAS DE DOMINIO
Y OTROS PREPARATIVOS

Desde que supe que el puesto de segunda jefatura de la Embajada de España se iba a quedar vacante, tuve la intuición de que era el lugar adecuado para nosotros. Era un objetivo ambicioso *ma non troppo*, dentro de las posibilidades de un joven diplomático como yo. Se trata de una de las últimas colonias españolas en acceder a la independencia; la penúltima, para ser exactos, justo antes del Sáhara Occidental. En Exteriores, todo el mundo sabe que las relaciones políticas con España son intensas, por decirlo de una forma suave, y el puesto al que yo iba a optar era principalmente político. Hay vuelo directo de Iberia todos los días de la semana, un elemento importante a considerar teniendo en cuenta la profusión de madres, hermanos, primos y amistades varias que amenazaban con visitas frecuentes. Y las perspectivas laborales para Pablo eran bastante prometedoras: un país bullente, en pleno desarrollo, con muchas empresas españolas y necesidad de personas con sólida formación.

Sí. En cuanto vimos la lista de destinos, tomamos la decisión. Ahora solo faltaba conseguirlo.

Los diplomáticos solemos ser reservados con estas cosas; no nos gusta hablar del siguiente destino mientras no está confirmado, bendecido y publicado en el *BOE*. Yo no lo soy, soy un diplomático bastante bocazas. Puede que sea cosa de la juventud: en ese momento yo tenía treinta y dos años, aunque desde entonces han pasado otros cuatro y no

hay síntomas de mejoría. En cualquier caso, en cuanto la idea se me pasó por la cabeza no perdí ni un segundo antes de comentarla con amigos y parientes a diestro y siniestro. Las respuestas no se hicieron esperar, aunque en realidad, más que respuestas eran preguntas.

—Pero ¿qué se te ha perdido allí?

—¿Guinea Ecuatorial? ¿Por dónde queda eso?

—Eso era la Guinea Española, ¿no es eso? Mi abuelo vivió allí una temporada.

—Una prima mía nació en Guinea.

—Oye, ¿y qué hablan en Guinea Ecuatorial? ¿Te defiendes en el idioma?

El broche de oro lo puso mi jefe, el ministro Margallo. Fui a decirle que me iba, claro, que ya me tocaba salir al exterior. Frunció el ceño, creo que a punto de echarse a reír y decirme que yo no me iba a ningún sitio, pero al final me preguntó:

—¿A Guinea? ¿Y Pablo qué opina de esto?

Ya se lo dije, si él no hubiera estado de acuerdo, yo nunca lo hubiera pedido. Desde que nos conocimos, mucho antes de que yo aprobara la oposición, ya decidimos que íbamos a funcionar como un equipo. Cuando en 2008 ingresé en la carrera diplomática, fue como si lo hubiéramos hecho los dos. Y cuando nos casamos y yo me puse el uniforme tradicional de la diplomacia española, con bicornio y espadín, fue una declaración de que cada puesto por el que pasáramos sería cosa de los dos. A cada lugar que fuéramos nos destinarían a ambos, dos por el precio de uno.

Así fue como nos vimos enfrascados en esta aventura, cuya cuenta atrás se inició el 20 de abril de 2013 con la publicación definitiva de los puestos adjudicados a los diplomáticos que ese año íbamos a salir al exterior. Teníamos tres meses exactos para llevar a buen puerto todos los preparativos. Tres meses de yincana constante para llegar a la